

## PARA QUE NUESTROS HIJOS PUEDAN SABER

GARAVAGLIA, Juan Carlos. *Una juventud en los años sesenta*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Prometeo Libros, 2015, 208 páginas.

Cuarenta años después, una madrugada apacible, el hombre *recibió una carta del pasado* bajo la forma de un recuerdo y ya no pudo conciliar el sueño, como relata Heine que le ocurría cuando despertaba pensando en su patria.

Esa mañana, muchísimo más tarde de la partida improvisada para conservar la vida, Garavaglia -Juan, Gara- comenzó a escribir este libro, con el corazón siempre cerca de la tierra lejana, a la hora en que su mundo nuevamente amanecía iluminado por el canto de la alondra (*¡es una calandria, Juan!*, le diría desde la chacra el bisabuelo ceñudo) y caía la tarde en nuestras vidas, dedicándolo a los sumidos en la noche sin fin y ofreciéndolo a todos los que seguimos esperanzados.

A lo largo de diez capítulos, muy en serio y un poquito con la socarrona ironía de siempre, añadiendo referencias a infancia y adolescencia, Juan relata su juventud en la Argentina de los sesenta y primera mitad de los setenta, partiendo de su ingreso en la etapa universitaria *definitiva* -la vinculada con su profesión posterior-, pocos meses antes de que se desencadenara la dictadura de Onganía en junio de 1966.

Alternando los registros narrativos, esas memorias van entrelazando la historia de sí mismo con la de nuestro país contemporáneo, en términos de una trayectoria personal que se interrumpió abruptamente en abril de 1975 con su precipitado abandono de Bahía Blanca -donde dirigió el *Instituto de Estudios para el Tercer Mundo Eva Perón* y fue docente en el Departamento de Humanidades, ambos de la Universidad Nacional del Sur- y un año más tarde, de Argentina, a la que no regresaría hasta después de la recuperación democrática en diciembre de 1983.

Ensamblándolo con estas dos cuerdas del relato, Gara también revisa su pasado de militante -la incorporación a la Juventud Peronista, el

encuadramiento en Montoneros, el posterior abandono de la organización- y vuelve a desplegar sus dudas, críticas y autocríticas. La apasionante lectura causa a la vez un cierto desasosiego, experimentado quizá con mayor intensidad por quienes estuvimos próximos a Juan en esos tiempos apremiantes o atravesaron tribulaciones similares. Durante un puñado de días, que entonces nos parecieron interminables y que hoy reconocemos tan fugaces, muchas personas concebimos la idea radiante y disparatada de que al menos nuestra patria -y aun nuestro mundo, si cuadrase-, además de *interpretada* podría ser *transformada*, y de que sería verdaderamente hermoso que, unidos por ese objetivo común, lográsemos llevar a cabo ambos trabajos.

No se pudo, aunque se entregaron corazón, alma y existencia. Miles de vidas se perdieron y sufrieron hasta el hartazgo las almas y los corazones. Hay heridas que permanecen abiertas, otras que se van suturando gracias sobre todo a unas *locas* mujeres todavía hoy empeñadas en remar contra la corriente. No parece, en efecto, que se haya pagado un precio irrelevante.

Hubo, sin embargo, una impensada victoria duradera. Los argentinos, o una buena parte de nosotros, convinimos que no toleraríamos que nadie más, nunca, repitiera aquellos crímenes horrendos y mucho menos con el siniestro propósito de que pudiese sernos impuesto un destino de frustración y desconsuelo disimulado tras el ropaje de supuestos bienestares por venir. Pienso que a Juan lo impulsó el designio de ayudar al afianzamiento de ese triunfo, el deseo de que el compromiso de no traicionarlo ser renovara indefinidamente. Sus palabras también son una carta *enviada hacia el futuro*.

Pero asimismo poderosas han sido las fuerzas contrarias a permitirlo. Hoy mismo retrocedemos casi al punto de perder pie. La gente del común, el creciente *pobrerío*, sufre como hacía tiempo largo que no sucedía, soportando la burla, el baile grotesco de unos malvados, maestros en el arte de entregarnos mientras dicen una cosa y hacen otra. Confío en que no será para siempre. A fuerza de ser sincero, no sé cómo ni cuándo podremos retomar el camino hacia *los años felices* y ni siquiera sé si alcanzaré a verlo. No obstante, la protesta aumenta y miles se organizan y ocupan las calles. Ya he dicho que me cuento entre los que seguimos esperanzados: el gran día llegará, Gara.

Con cierta cautela confieso, porque no he leído el texto, que estoy de acuerdo con Javier Marías acerca de que las existencias de los hombres no pueden ser narradas. Pienso que sí pueden serlo; más aún: pienso que sin la narración no seríamos totalmente humanos. Los dioses arcaicos que los hombres crearon utilizaban la palabra para constituir los mundos e infundirles calor. Hablemos entre nosotros -clamaba Rilke-, *el que no habla está muerto*: hablar de nuestras obras, de lo que hicimos con pasión, de lo que tratamos de forjar y no conseguimos concluir, de lo que continuamos haciendo ahora mismo por ensalmo del relato y en lo que nos vemos representados, comprometidos hacia adelante, evadiendo la locura; esto, hablado y compartido con otros en derredor de un fuego -cualquier fuego-, refuerza esa tenue ligazón extraordinaria, los tejidos sutiles que venimos urdiendo desde las noches antiguas de inseguridad, miedo y silencio, al comienzo de los mundos recién iniciados, como recién iniciada estaba la vida de Juan en la época de su recuerdo. El relator auténticamente entregado alimenta esa hoguera con la leñita de cada palabra y el relato vale aun fallido, aun si el narrador emergiera de él con menos favor que daño. Será que, en realidad, al abrir su corazón, Juan adelanta una disculpa por sus imperfecciones y anticipa una explicación de su dolor, apoyándose en la reflexión de Marías.

Cada generación tiene sus *últimos mohicanos*, partícipes y testigos de la vitalidad en tránsito de mundos que desaparecen y se transforman, autores de un mensaje cifrado que anticipa lo que vendrá, los que nos hablan del porvenir antes de que nazca, para que sus hijos, todos nuestros hijos, *puedan saber* (y comprender). Juan es uno de ellos. Por favor, no dejen de escucharlo.

Daniel Villar  
Septiembre de 2018